

VI.

Principio de un enigma.

Juan Valjean se encontró en un jardín muy grande y de aspecto singular, en uno de esos jardines melancólicos que parece que deben verse en invierno y de noche.

Era de forma oblonga; tenía una larga calle de grandes álamos en el fondo, arboleda bastante alta en los lados, un espacio sin sombra en medio, en el que campeaba un árbol muy grande aislado, y se veían algunos otros árboles frutales torcidos y erizados; cuadros de legumbres, un melonar, cuyas campanas brillaban á la luz de la luna, y un pozo viejo. Aquí y allá había algunos bancos de piedra, que parecían negros por estar cubiertos de musgo. Los andenes estaban rodeados de arbustos sombríos y rectos.

Juan Valjean tenía á su lado el cobertizo, cuyo techo le sirvió para bajar; un monton de haces de leña, y detrás de éste, apoyada en la pared, una estatua de piedra, cuya faz mutilada solo era una máscara informe, que aparecía vagamente en la oscuridad.

El cobertizo era una especie de ruina, en el que se veían cuartos desmantelados, uno de los que solo tenía verdaderamente sotechado.

El gran edificio de la calle Droit-Mur, que daba la vuelta á la callejuela de Picpus, desarrollaba sobre el jardín dos fachadas tiradas á escuadra. Las fachadas interiores eran mucho más lúgubres que por el exterior. Todas las ventanas tenían rejas. Tras ellas no se veía luz. Los pisos altos tenían tragaluces como las cárceles. Una de las fachadas proyectaba su sombra sobre la otra, que recaía en el jardín como inmenso paño negro.

No se veía otra casa. El fondo del jardín se perdía en la bruma y en la noche; sin embargo, se divisaban confusamente tapias que se entrecortaban, como si hubiese terreno cultivado más allá, y además los tejados bajos de la calle Polonceau.

No es posible figurarse jardín más solitario ni más pavoroso. No había nadie en él, lo que era natural en aquellas horas; pero parecía que nadie debía internarse en él, ni aun á medio día.

Lo primero que hizo Juan Valjean fué buscar los zapatos y calzarse, y despues entrar en el sotechado con Cosette. El

que huye nunca se cree bastante escondido. La niña seguía pensando en la Thenardier y participaba del deseo de ocultarse lo más posible.

Cosette temblaba y se pegaba á Juan Valjean. Oían el ruido tumultuoso de la patrulla, que registraba el callejon sin salida y la calle; los golpes de las culatas contra las piedras; las voces que daba Javert llamando á los espías que había apostado, y sus imprecaciones, mezcladas con otras palabras que no se oían bien.

Al cabo de un cuarto de hora el ruido tumultuoso empezó á alejarse. Juan Valjean apenas respiraba.

Puso suavemente la mano sobre la boca de Cosette. Pero la soledad en que se encontraban era tan extrañamente profunda, que aquel ruido tan fuerte y tan próximo apenas llegaba á ellos como un eco. Parecía que aquellas paredes estaban fabricadas con las piedras sordas de que habla la Escritura.

De súbito, en medio de la profunda calma, se oyó otro ruido, celeste, divino, inefable, tan delicioso como el otro era horrible. Era un himno que salía de las tinieblas, un deslumbramiento de plegaria y de armonía en el oscuro y terrible silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces que participaban á la vez del acento puro de las vírgenes y del acento cándido de los niños; voces que no son de la tierra, que se parecen á las que los recién nacidos oyen aun y á las que los moribundos oyen ya. Ese canto salía del sombrío edificio que dominaba el jardín. Al momento de alejarse el extrépito de los demonios, se acercaba el canto de un coro de ángeles.

Cosette y Juan Valjean cayeron de rodillas.

No sabían lo que era esto, ni dónde se encontraban, pero conocieron ambos, el hombre y la niña, el pecador y la inocente, que debían estar arrodillados.

Lo extraño de aquellas voces era que no impedían que el edificio pareciese desierto. Resonaban como un canto sobrenatural en una mansion inhabitada.

Mientras cantaban las voces, Juan Valjean no pensaba en nada. No veía la noche, veía un cielo azul. Le parecía se le abrían las alas que tenemos todos dentro de nosotros mismos.

El canto se apagó. Tal vez había durado mucho tiempo. Juan Valjean no podría decirlo. Las horas de éxtasis tienen pocos minutos.

Había vuelto á reinar el silencio. Nada

se oía en la calle ni en el jardín. Lo que amenazaba, así como lo que inspiraba confianza, se había desvanecido. El viento rozaba en lo alto de las paredes algunas yerbas secas, que producían rumor suave y lúgubre.

VII.

Continuacion del enigma.

Soplaba la brisa matutina, lo que indicaba que serían ya las dos ó las tres de la mañana.

La pobre Cosette continuaba callando. Como estaba sentada al lado de Juan Valjean é inclinaba la cabeza sobre él, creyó éste que se había dormido.

Se inclinó para verlo y se encontró con que la niña tenía los ojos enteramente abiertos y aspecto pensativo, que alarmó al pobre viejo. La infeliz no cesaba de temblar.

—Tienes sueño? la preguntó Juan Valjean.

—Tengo mucho frio, contestó ella.

Un instante despues añadió:

—Está ahí todavía?

—Quién?

—La señora Thenardier.

Juan Valjean no recordaba ya que se había valido de este recurso para que no hablase Cosette.

—Ah! dijo. Se ha marchado! No la temas ya.

La niña respiró como si la aliviaban de un peso que la oprimía el corazón.

La tierra estaba húmeda, el cobertizo abierto por todas partes, el airecillo era más fresco á cada instante. El buen hombre se quitó el leviton y arropó con él á Cosette.

—Así tendrás menos frio.

—Sí, sí, padre mio.

—Pues bien, espérame un momento; vuelvo en seguida.

Salió del cobertizo y empezó á andar alrededor del gran edificio, buscando el mejor sitio donde abrigarse. Encontró varias puertas, pero estaban cerradas, y había rejas en todas las ventanas del piso bajo.

Cuando pasó del ángulo inferior del edificio notó que había llegado junto á unas ventanas cintradas y apercibió en ellas escasa claridad. Se levantó sobre las puntas de los piés y miró por una de estas ventanas. Daban todas á una vasta sala, empedrada con grandes losas, con arcos y pilares, en la que solo se distinguía débil claridad y muchas som-

bras. La luz provenía de una lámpara encendida en un rincón. La sala estaba desierta y en ella nada se meneaba. A fuerza de mirar, creyó ver en tierra, sobre las losas, un bulto que parecía envuelto en una mortaja y que era semejante á una forma humana. Estaba extendido boca abajo, la cara contra el suelo, y tenía los brazos en cruz y con la inmovilidad de la muerte. Podía tomarse por una especie de serpiente que se arrastraba por las losas: aquella figura siniestra llevaba una cuerda al cuello.

La sala se llenaba de la bruma propia de los sitios poco iluminados, que solo sirve para aumentar su horror.

Juan Valjean confesó despues varias veces que, aunque había presenciado durante su vida muchos espectáculos lúgubres, nunca había visto ninguno tan glacial y terrible como el que ofrecía aquella figura enigmática, realizando desconocido misterio en aquel lugar sombrío y entrevisto de noche. Era horrible suponer que aquel bulto estuviera muerto, pero era más horrible todavía suponer que estuviera vivo.

Tuvo, sin embargo, valor suficiente para pegar la frente á los cristales y observar si se movía. Permaneció así bastante tiempo y la figura no hizo el menor movimiento. De repente le sobrecogió terror inexplicable y huyó corriendo hácia el cobertizo, sin atreverse á mirar hácia atrás. Se imaginaba que si volvía la cabeza vería aquella figura andar detrás de él, siguiéndole muy de cerca y agitando los brazos.

Llegó jadeando al cobertizo. Se le doblaban las rodillas y sudaba por todo el cuerpo.

Dónde se hallaba? ¿Quién se había de imaginar encontrarse con esa especie de sepulcro en medio de París? ¿Qué era aquella extraña morada? ¿Edificio lleno de misterio nocturno, que en la oscuridad llama á las almas con la voz de los ángeles, y que cuando acuden al llamamiento las ofrece bruscamente aquella espantosa vision, las promete abrirles la puerta radiante del cielo y les abre la puerta horrible de la tumba! ¿Era realmente ese edificio una casa que tenía su número en una calle! No era un sueño! Necesidad tenía Juan Valjean de tocar las piedras para convencerse de que todo aquello existía.

El frio, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le producían verdadera fiebre, y todas estas ideas se estrechaban en su cerebro.

Acercóse á Cosette. La pobre niña estaba durmiendo.

XVIII.

Se duplica el enigma.

Cosette había inclinado la cabeza sobre una piedra y se quedó dormida.

Juan Valjean se sentó á su lado y se quedó contemplándola. Poco á poco, á medida que la contemplaba, se iba calmando y se posesionaba de su libertad de espíritu.

Comprendía que desde entonces en adelante, mientras la niña existiese, mientras estuviera á su lado, no necesitaria nada más que para ella, ni tendría miedo de nada más que por ella.

Ni sentía que tenía mucho frio por haberse quitado el leviton para abrirla.

A pesar de su ensimismamiento hacia un rato que oía un ruido singular, que sonaba en el jardín, como el ruido de un cascabel que se agita.

Le oía con claridad, aunque débilmente. Se parecía al sonido que producen los cencerros de los ganados cuando pastan en el prado por la noche.

Juan Valjean volvió la cabeza, miró y vió que había álguien en el jardín.

Un hombre andaba por medio de las campanas del melonar, levantándose, bajándose y parándose con movimientos regulares, como si arrastrase ó extendiese alguna cosa por el suelo. Aquel hombre parecía que cojeaba.

Juan Valjean se estremeció con el temblor continuo de los desgraciados á quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfian del día porque contribuye á que les vean, y de la noche porque parece que ayuda á que les sorprendan.

Antes le estremecía que el jardín estuviese desierto, y ahora se estremecía de encontrar en él un hombre.

Pasó de los terrores quiméricos á los terrores reales. Pensó que Javert y sus auxiliares quizás no se habrían marchado; que acaso habrían dejado en la calle algunos espías, y que si aquel hombre le descubría en el jardín, gritaría, creyéndole un ladrón, y le entregaría. Tomó con suavidad á Cosette en brazos y dormida y la colocó detrás de un montón de muebles y de trastos viejos, en el rincón más oculto del cobertizo.

Desde allí observó las acciones del individuo que estaba en el melonar. Lo

extraordinario era que el sonido del cascabel seguía todos los movimientos de aquel hombre. Cuando aquel se acercaba, el sonido se acercaba; cuando aquel se alejaba, el sonido se alejaba también; si hacía algún movimiento rápido, le acompañaba un *trémolo*; si se paraba, cesaba el sonido. Se comprendía que el cascabel estaba atado á aquel hombre; pero eso, qué significaba? ¿Quién podía ser aquel individuo, que llevaba colgando una campanilla como un carnero ó como un buey?

Haciéndose estas preguntas tocó las manos de Cosette y sintió que estaban heladas.

—Ay Dios mio! exclamó. Cosette! dijo llamándola en voz baja.

Pero la niña no abrió los ojos.

La sacudió vivamente y no se despertó.

—Estará muerta! se dijo á sí mismo, poniéndose de pié y temblando.

Ideas horribles atravesaron su espíritu confusamente. Hay momentos en que las suposiciones más horribles nos asaltan como una multitud de furias y fuerzan violentamente los tabiques del cerebro. Si las hacen nacer los seres que amamos, nuestra prudencia sabe inventar toda clase de locuras. Juan Valjean recordó que el sueño puede ser mortal conciliado al aire libre en una noche fría.

Cosette, pálida, cayó á sus piés extendida en tierra sin hacer ni un movimiento. Aspiró su hálito y vió que respiraba, pero su respiración le pareció débil y casi próxima á apagarse.

Cómo darla calor? Cómo despertarla? Todo lo que no era pensar en ella se borró de su imaginación y salió desatentado del cobertizo.

¡Era preciso absolutamente que antes de un cuarto de hora Cosette tuviese fuego cerca de ella y se acostase en una cama!

XIX.

El hombre del cascabel.

Fuése derecho al hombre que apareció en el jardín, llevando en la mano un cartucho de dinero que sacó del bolsillo del chaleco.

El hombre tenía la cabeza inclinada al suelo y no vió que se le acercaba. En cuatro brincos Juan Valjean estuvo á su lado y le abordó, gritándole:

—Cien francos!

El hombre dió un salto y levantó la vista.

—Os doy á ganar cien francos si me dais asilo esta noche.

La luna iluminaba de lleno el semblante asustado de Juan Valjean.

—Calla! sois vos, señor Magdalena? exclamó el hombre.

Este nombre, pronunciado á estas horas, en sitio solitario y por aquel desconocido, hizo retroceder á Juan Valjean.

Todo lo podía esperar menos esto. El que le hablaba era un campesino viejo, cojo y encorvado; en la pierna izquierda llevaba una rodillera de cuero, de la que pendía un cascabel grueso. No podía ver su fisonomía, porque se la ocultaba la oscuridad.

El hombre se quitó la gorra y le dijo temblando:

—Dios mio! ¿Cómo estais aquí, señor Magdalena? Jesús! ¿Por dónde habeis entrado? Habeis caído del cielo? Eso no sería extraño, que si alguna vez caeis, del cielo será. Pero, cómo os encuentro! sin corbata, sin sombrero y sin levita! ¿Sabeis que daríais miedo al que no os conociera? Sin levita! Pero, Dios mio! es que se vuelven ahora locos los santos? Cómo habeis podido entrar aquí?

El buen hombre hablaba con una volubilidad en la que no se descubría la menor inquietud; sus palabras se alcanzaban unas á otras y se expresaba con asombro, en el que se traslucía ingenua honradez.

—Quién sois y qué casa es esta? le preguntó Juan Valjean.

—Pardiez! Esto es magnífico! contestó el viejo! ¡Me habeis colocado vos en esta casa y me lo preguntais! ¿De veras, no me conocéis?

—No, le contestó Juan Valjean. ¿Cómo, pues, me conocéis vos?

—Porque me habeis salvado la vida, le respondió el buen hombre.

Entonces cambió de postura y la luz de la luna iluminó su fisonomía. Juan Valjean reconoció al viejo Fauchelevent.

—Ahora sí que os conozco, replicó el ex-alcalde.

—Me alegro mucho, le dijo el viejo con acento de reproche.

—Y qué haceis aquí?

—Pues estoy cubriendo los melones.

En efecto, Fauchelevent, en el momento en que se acercó á él Juan Valjean, tenía en la mano el extremo de una estera que extendía sobre el melo-

nar, y ya había colocado otras, pues había ya una hora que estaba dedicado á este trabajo. Sus operaciones le obligaban á hacer los extraños movimientos que llamaron la atención de Juan Valjean desde el cobertizo.

El viejo continuó:

—Comprendí que vá á helar, porque la luna es muy brillante, y me dije á mí mismo: Voy á poner los carricks á los melones.

En seguida, riéndose y mirando á Juan Valjean, añadió:—Debíais también haber vos hecho lo mismo. ¿Cómo es que vais así?

Viendo Juan Valjean que este hombre le conocía al menos por el señor Magdalena, continuó siendo cauto y multiplicaba sus preguntas, trocando extrañamente los papeles. Aquí el intruso era el que interrogaba.

—¿Qué significa la campanilla que llevais en la rodilla?

—Ah!... esto es para que eviten mi presencia.

—Cómo!... para que huyan de vos?...

El tío Fauchelevent guiñó el ojo de un modo inexplicable y dijo:

—En esta casa no hay más que mujeres; muchas de ellas son jóvenes, y según parece, mi presencia es peligrosa. El cascabel las avisa, y cuando me acerco á ellas se alejan.

—Pues qué casa es esta?

—Toma! Si lo sabeis!

—No, no lo sé.

—¿Pues no me colocásteis aquí de jar-

dinero?

—Respondedme como si no supiera nada.

—Pues bien; este es el convento del Petit-Piepus. Juan Valjean iba coordinando sus recuerdos. La casualidad, es decir, la Providencia le lanzó precisamente en el convento del barrio de San Antonio, en el que admitieron por recomendación suya al tío Fauchelevent, que se estropeó cuando cayó debajo de la carreta. Repitió, pues, como hablándose á sí mismo:

—El convento del Petit-Piepus!...

—Pero vamos al caso, replicó Fauchelevent; ¿cómo demonios habeis entrado aquí? Por santo que seais, sois un hombre, y aquí no entran los hombres.

—Pues vos entráis.

—Nadie entra más que yo.

—Sin embargo, repuso Juan Valjean, es preciso que yo me quede aquí.

—Ah, Dios mio!...

Juan Valjean se acercó más al viejo y le dijo con voz grave:

—Tío Fauchelevent, os he salvado la vida.

—No lo olvido, y os lo recordé, respondió el viejo.

—Pues hoy podeis hacer por mí lo que en otra ocasion hice por vos.

Fauchelevent cogió con sus arrugadas manos las robustas de Juan Valjean y permaneció unos minutos sin poder hablar; por fin exclamó:

—Ojalá pueda hacer algo por vos! Si puedo salvaros la vida, disponed de mí como querais, señor alcalde.

La alegría transfiguraba el rostro del viejo, que aparecía resplandeciente.

—Qué quereis que haga? le preguntó.

—Luego os lo explicaré. ¿Teneis alguna habitacion?

—Tengo una casucha aislada, detrás de las ruinas del antiguo convento, que está muy oculta; en ella hay tres habitaciones.

La casucha estaba tan oculta detrás de las ruinas y tan bien situada para que nadie la viese, que Juan Valjean no la habia visto.

—Bien, contestó el ex-alcalde: ahora tengo que pedir dos favores.

—Qué favores?

—El primero, que no digais á nadie lo que sabeis de mí; y el segundo, que no trateis de enteraros de lo que yo no os diga.

—Como os plazca. Sé que habeis de proceder con honradez y que sois siempre un hombre de bien. Además, me habeis colocado aquí y soy vuestro. Estoy á vuestras órdenes.

—Pues no se hable más de esto. Ahora venid conmigo. Vamos á buscar á la niña.

—Ah! exclamó Fauchelevent. ¡Hay aquí una niña!...

No dijo una palabra más y siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

A la media hora escasa Cosette ya dormia en la cama del jardinero, iluminada por la llama de un buen fuego. Juan Valjean se habia puesto la corbata, el leviton y el sombrero, que antes arrojó por encima de la tapia y que encontró despues.

Mientras se ponía la levita, Fauchelevent se quitó el cascabel de la rodilla y lo colgó de un clavo, en el que lucía como un adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados de codos sobre una mesa, en la que el viejo

habia puesto un pedazo de queso, pan de cebada, una botella de vino y dos vasos. El jardinero decia á Juan Valjean, poniéndole una mano en la rodilla:

—¡Señor Magdalena, no me habeis reconocido en seguida! ¡Salvais la vida á las personas y despues las olvidais! ¡Sois un ingrato!...

XX.

Relacion retrospectiva.

Los acontecimientos que hemos descrito con orden inverso ocurrieron del modo más sencillo.

Quando Juan Valjean, la noche del día en que Javert le prendió junto al lecho mortuorio de Fantina, se escapó de la cárcel municipal de Montreuil-sur-Mer, la policía supuso que se habria refugiado en Paris. Porque Paris es el *mare magnum* donde todo se pierde; todo desaparece allí como en el seno del mar.

No hay bosque que oculte al hombre como la muchedumbre; esto lo saben muy bien los fugitivos, y se arrojan en Paris como en un abismo, pues hay abismos que salvan. La policía lo sabe tambien, y por eso busca en Paris lo que se ha perdido en otras partes. Buscó, pues, allí al ex-alcalde de Montreuil-sur-Mer. Llamaron á Paris á Javert para auxiliar á la policía en la persecucion de aquel, y el celoso inspector contribuyó en gran parte á la captura de Juan Valjean. El señor Chabouillet, secretario de la Prefectura en la época del conde Inglés, se fijó en el celo é inteligencia de Javert en esta ocasion, y consiguió que fuese incorporado á la policía de Paris el inspector de Montreuil-sur-Mer, en cuya capital prestó honrosos servicios.

Ya no se acordaba de Juan Valjean, porque estos perros que están siempre en acecho olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy, cuando en el mes de Diciembre de 1823 leyó un periódico, él que nunca leia ninguno; pero como monárquico quiso saber los detalles de la entrada triunfal del "príncipe generalísimo," en Bayona. Al terminar el artículo que le interesaba, le llamó la atencion en lo último de la plana un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean habia muerto, y publicaba el hecho con tal formalidad, que Javert lo creyó, limitándose á decir: *Ese es el mejor registro*. Despues dejó el periódico y no pensó ya más en esto.

Algun tiempo despues, la Prefectura del Sena-y-Oise pasó á la Prefectura una nota sobre el robo de una niña, verificado, se decia en ella, en la aldea de Montfermeil. Decia la nota que una niña de siete á ocho años, que su madre habia entregado á un posadero del pais, fué robada por un desconocido; la niña respondia al nombre de Cosette y era hija de una tal Fantina, que murió en el hospital, no se sabe dónde ni cuándo. Esta nota, que llegó á las manos de Javert, le hizo reflexionar.

Le era muy conocido el nombre de Fantina. Recordaba que Juan Valjean le hizo reir pidiéndole un plazo de tres dias para ir á buscar á la hija de la sudicha jóven. Recordó tambien que Juan Valjean fué detenido en Paris en el momento en que iba á subir en la diligencia de Montfermeil, y algunos indicios habian hecho creer que era la segunda vez que subia en aquella diligencia, pues el dia anterior hizo una excursion por los alrededores de Montfermeil, ya que en la aldea nadie le vió. Qué tenia que hacer en Montfermeil? No se ha podido averiguar, pero Javert entonces lo adivinó. Estaba en dicho pueblo la hija de Fantina y Juan Valjean fué á buscarla. Robó á ésta un desconocido. Quién seria éste? ¿Seria Juan Valjean? No; el expresidiario habia muerto.

Javert, sin decir nada á nadie, hizo un viaje á Montfermeil; creia poner en claro allí este asunto y no fué así.

Despechados los Thenardier, habian charlado con exceso. La desaparicion de la Alondra hizo mucho ruido en la aldea, y al hecho se le daban mil versiones, concluyendo por creerle un rapto. Pero cuando á Thenardier le pasó la primera impresion, con su admirable instinto comprendió en seguida que no le convenia molestar al fiscal, y que si se quejaba del rapto de Cosette, esta queja le daria por primer resultado atraer sobre sí y sobre sus muchos negocios turbios la penetrante mirada de la justicia. Los buhos no quieren que se les acerque nunca una luz. ¿Cómo se justificaria de los mil quinientos francos que habia recibido por ella? Dió, pues, media vuelta, puso mordaza á la boca de su mujer y se hizo el asombrado cuando le hablaban del robo de la niña. Nada sabia; se lamentó en el momento de separarse tan pronto de su "niña querida," pero como "su abuelo," habia ido á buscarla, es muy natural que se la llevase. Aun añadia que el abuelo habia hecho bien. Esta fué

la historia que oyó Javert cuando llegó á Montfermeil. Ante la presencia del abuelo se desvaneció Juan Valjean.

Sin embargo, Javert introdujo algunas preguntas á guisa de sondas en la historia de Thenardier, y fueron las siguientes:—¿Quién era y cómo se llamaba el abuelo de la niña? Thenardier respondió, cándidamente al parecer:—Es un labrador rico. He visto su pasaporte y creo que se llama Guillermo Lambert.

Lambert es un apellido tranquilizador. Javert regresó á Paris.

—Es indudable que Juan Valjean ha muerto, se dijo á sí mismo; soy un imbécil.

Principiaba á olvidar esta historia, cuando en Marzo de 1824 oyó hablar de un extraño personaje, que habitaba en la parroquia de San Medardo, y que le conocian por "el mendigo que dá limosna." Decíase que dicho personaje era un rentista de nombre desconocido, y que vivia solo con una niña de ocho años, la que no sabia de su vida más que acababa de llegar de Montfermeil. Al sonar otra vez en los oidos de Javert la palabra Montfermeil, le llamó la atencion. Un mendigo viejo que habia sido polizonte y pertiguero, al que daba el desconocido frecuentes limosnas, le añadió estos pormenores:—El rentista era un hombre hurraño; solo salia de noche; no hablaba con nadie más que á los pobres algunas veces; no permitia que nadie se le acercase. Llevaba un leviton feo y viejo, de color de ocre, que valia muchos millones, porque estaba forrado de billetes de Banco.

Estos detalles excitaron la curiosidad de Javert, y con el objeto de ver de cerca á ese personaje extraordinario sin llamarle la atencion, se disfrazó un dia con el traje del pertiguero y ocupó el sitio en que el mendigo se acurrucaba todas las tardes, rezando y espionando al mismo tiempo.

El "individuo sospechoso," se acercó á Javert, que estaba vestido de pordiosero, y le dió limosna. Javert levantó la cabeza y le miró, y la misma impresion que produjo en Juan Valjean la vista de Javert, produjo en éste la vista del presidiario, pues le reconoció.

Sin embargo, como era de noche pudo equivocarse, y la muerte de Juan Valjean era oficial. Javert dudaba, y como era hombre escrupuloso, dudando no prendia á nadie.

Siguió, pues, al "individuo sospechoso," hasta la casucha Gorbeau, é hizo hablar á la vieja, lo que no le fué difícil.

Esta le confirmó lo del leviton forrado de billetes y le refirió el episodio del billete de mil francos, que ella vió y que ella fué á cambiar. Javert se puso á escuchar á la puerta del misterioso huésped, esperando oír el sonido de su voz; pero Juan Valjean vió la luz por la cerradura y chasqueó al espía guardando silencio.

Al día siguiente Juan Valjean se marchó de la casa. La vieja oyó el ruido de la pieza de cinco francos que se le cayó en tierra, y al oír ruido de dinero comprendió que iba á mudar de domicilio el huésped, y fué apresurada á avisar á Javert.

Por la noche, cuando salía Juan Valjean de la casucha, Javert, acompañado de dos hombres, estaba esperando que saliera oculto tras los árboles del boulevard.

Javert pidió fuerza á la Prefectura sin decir el nombre del individuo que quería prender. Era un secreto que quería guardar por tres razones: La primera, porque cualquier indiscreción podía despertar las sospechas de Juan Valjean; la segunda, porque era prestar un gran servicio apoderarse de un antiguo presidiario escapado, que se le cree muerto, y que clasificó la justicia *entre los malhechores de la peor clase*, servicio que seguramente los antiguos polizontes de París no dejarían prestar al novato Javert; y tercera, porque era artista y tenía afición á lo imprevisto; no le gustaban los éxitos anunciados, porque se les desflora ocupándose de ellos antes de tiempo. Le complacía elaborar sus grandes obras en la oscuridad y manifestarlas despues bruscamente.

Javert seguía á Juan Valjean de árbol en árbol, desde una esquina de calle hasta la otra, sin perderlo de vista un solo instante. Pero, ¿por qué no le detenía? Porque dudaba aun que fuese él.

Es preciso recordar que en aquella época la policía no obraba con entera libertad: la prensa libre la tenía á raya. Algunas detenciones arbitrarias, que denunciaron los periódicos, cuyas denuncias llegaron hasta las Cámaras, intimidaron á la Prefectura. Atentar á la libertad individual era un hecho grave. Los agentes temían equivocarse, porque el prefecto los hacía responsables, y su error les costaba ser destituidos. Figúraos el efecto que hubiera producido en París este breve párrafo, reproducido en veinte periódicos:—"Ayer un anciano de cabello blanco, respetable rentista, que se paseaba con una niña de ocho años,

nieta suya, fué detenido y conducido al depósito de la Prefectura como desertor de presidio."

Repitamos, además, que Javert tenía sus escrúpulos; las objeciones de su conciencia se unían á las prevenciones del prefecto. Dudaba.

Juan Valjean, de espaldas á él, seguía su camino en la oscuridad. La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el abatimiento, la desgracia de verse obligado á huir de noche y buscar á la ventura un asilo en París para él y para Cosette, habían cambiado de tal manera el modo de andar de Juan Valjean y habían dado á todo su cuerpo tal aspecto de senectud, que la policía, encarnada en Javert, podía equivocarse, y se equivocó. La imposibilidad de acercársele mucho, su traje de preceptor emigrado, la declaración de Thenardier, que le reconocía por abuelo de Cosette, y la creencia de que había muerto estando en presidio, aumentaban la incertidumbre que crecía en el espíritu de Javert.

Hubo un instante en el que le ocurrió la idea de detener bruscamente á Juan Valjean y de pedirle los documentos. Pero si no era Juan Valjean, si no era un honrado rentista, sería probablemente algun bribon muy versado en la oscura trama de los crímenes de París, algun jefe de alguna partida peligrosa, que daba limosna para ocultar sus fechorías. Tendría sin duda compañeros y sitios donde esconderse. Las vueltas y rodeos que daba parecía que indicaban que no era un hombre de bien. Detenerle de repente era "matar la gallina de los huevos de oro." ¿Qué inconveniente había en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparía.

Caminaba, pues, bastante perplejo, haciéndose á sí mismo muchas preguntas sobre el personaje enigmático.

Solo al llegar á la calle Pontoise, y á favor de la viva claridad que salía de una taberna, reconoció definitivamente á Juan Valjean.

En el mundo hay dos clases de seres que tiemblan profundamente: la madre que encuentra al hijo perdido y el tigre que encuentra su presa.

En aquel instante Javert fué acometido de este profundo estremecimiento.

Al tener la seguridad de que aquel hombre era el temible presidiario Juan Valjean, notó que en su persecución solo le acompañaban dos individuos, y pidió un refuerzo al comisario de policía de la calle de Pontoise. Antes de coger una

vara de espino se deben poner los guantes.

Este retardo y la parada que hicieron al entrar en la encrucijada Rollin para dar instrucciones á sus agentes, les hicieron perder la pista del perseguido. Javert, sin embargo, adivinó que quería poner el río entre él y sus perseguidores. Inclino la cabeza y reflexionó como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir el camino, y con su poderosa rectitud de instinto se fué derecho al puente de Austerlitz. Una palabra del guarda le enteró de lo que quería saber.—¿Habéis visto pasar á un hombre con una niña?—Sí, y le hice pagar por los dos, le contestó el encargado de la cobranza. Javert llegó al puente á tiempo para ver á Juan Valjean, al otro lado del río, llevando á Cosette de la mano, atravesar el espacio alumbrado por la luna. Les vió entrar en la calle del Chemin-vert-Saint-Antoine; se acordó del callejon sin salida de Genrot, situado como una trampa, y de la salida única de la calle Droit-Mur á la de Picpus. Le cogió las vueltas, como dicen los cazadores, y envió en seguida á uno de sus agentes á guardar aquella salida. Vió una patrulla que volvía al cuerpo de guardia del Arsenal; la pidió auxilio é hizo que le escoltase. En semejante juego los soldados son triunfos siempre. Por otra parte, es un axioma que para cercar á un jabalí se necesita ciencia de montería y muchos perros. Despues de combinar estas disposiciones, creyendo tener cogido á Juan Valjean entre el callejon sin salida de Genrot por la derecha, su agente por la izquierda y él por detrás, sacó la tabaquera y tomó un polvo.

Despues se puso á maniobrar.

Tuvo un momento de alegría infernal: dejó que su presa fuera más adelante, sabiendo que la tenía al alcance de sus garras, pero deseando retardar todo lo posible el momento de apoderarse de ella, gozando con tenerla cogida y verla andar con libertad, contemplándola con la mirada voluptuosa de la araña que deja revolotear á la mosca, ó como el gato que deja correr al ratón. La uña y la garra tienen la sensualidad monstruosa que goza en ver movimientos medrosos del animal que aprisionan sus tenazas. Javert gozaba al ver sólidamente unidas las mallas de su red. Estaba seguro del triunfo; para conseguirle no necesitaba más que cerrar la mano. Con el séquito que llevaba era imposible la resistencia, por enérgico, vi-

goroso y desesperado que estuviese Juan Valjean.

Javert se adelantó lentamente, mirando y registrando al paso todos los rincones de la calle, como si fuesen los bolsillos de un ladrón.

Cuando llegó al centro de la red no encontró en ella la mosca.

Calcúlese su desesperación.

Preguntó al centinela que colocó á la salida de las calles Droit-Mur y Picpus; este polizonte, que había permanecido inmóvil en su puesto, no vió salir á nadie.

Sucede á veces que un ciervo se escapa, teniendo sobre él la jauría, y entonces los cazadores más expertos no saben qué decir.

En uno de estos casos Artouge exclamó:

—*Eso no es un ciervo, es un brujo.*

Javert podía prorumpir en la misma exclamación.

Su desengaño le hizo sentir en los primeros momentos furor y desesperación.

Así como Napoleon cometió errores en la guerra de Rusia, Alejandro en la de la India, César en la de Africa y Ciro en la de Escitia, Javert los cometió en la campaña contra Juan Valjean.

Erró quizás en no reconocer á la primera ojeada al presidiario. Hizo mal en no apoderarse de él sencillamente en la casucha Gorbeau. Hizo mal en no prenderle cuando positivamente le conoció en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse de acuerdo con su gente en la encrucijada Rollin, que iluminaba la luna. Los consejos son útiles ciertamente y deben seguirse los de los sabuesos, que merecen crédito, porque el cazador no debe creer nunca que toma demasiadas precauciones cuando ojea á animales tan astutos como el lobo y el ex-presidiario.

Javert, preocupándose demasiado en apostar los sabuesos, espantó á la fiera, dándole viento de cara, y la ahuyentó. Hizo mal, sobre todo desde que halló su pista en el puente de Austerlitz, en dedicarse al juego formidable y pueril de tener á un hombre como el antiguo presidiario sujeto del cabo de un hilo. Se creyó más fuerte de lo que era y se atrevió á jugar á los ratones con un león; pero al mismo tiempo se creyó demasiado débil, porque pidió refuerzo; precaución que le fué fatal, porque le hizo perder un tiempo precioso.

Javert cometió todas esas faltas y era, sin embargo, uno de los espías más astutos y prudentes que han existido,